



Aunque sin llegar al volumen de emigrantes españoles que recibieron países como México, Santo Domingo acogió a un buen número de ellos. En esta foto de 1940 vemos a un grupo de artistas refugiados, en compañía de amigos dominicanos: de izquierda a derecha, Fraiz Grijalva, Manolo Pascual, Georg Hausdorf, Angel Botello, Compostela, Alloza, Rivero Gil, Yoryi Morel, Vela Zanetti, Junyer y Dario Suro.

«Memorias de una emigración», de Vicente Llorens

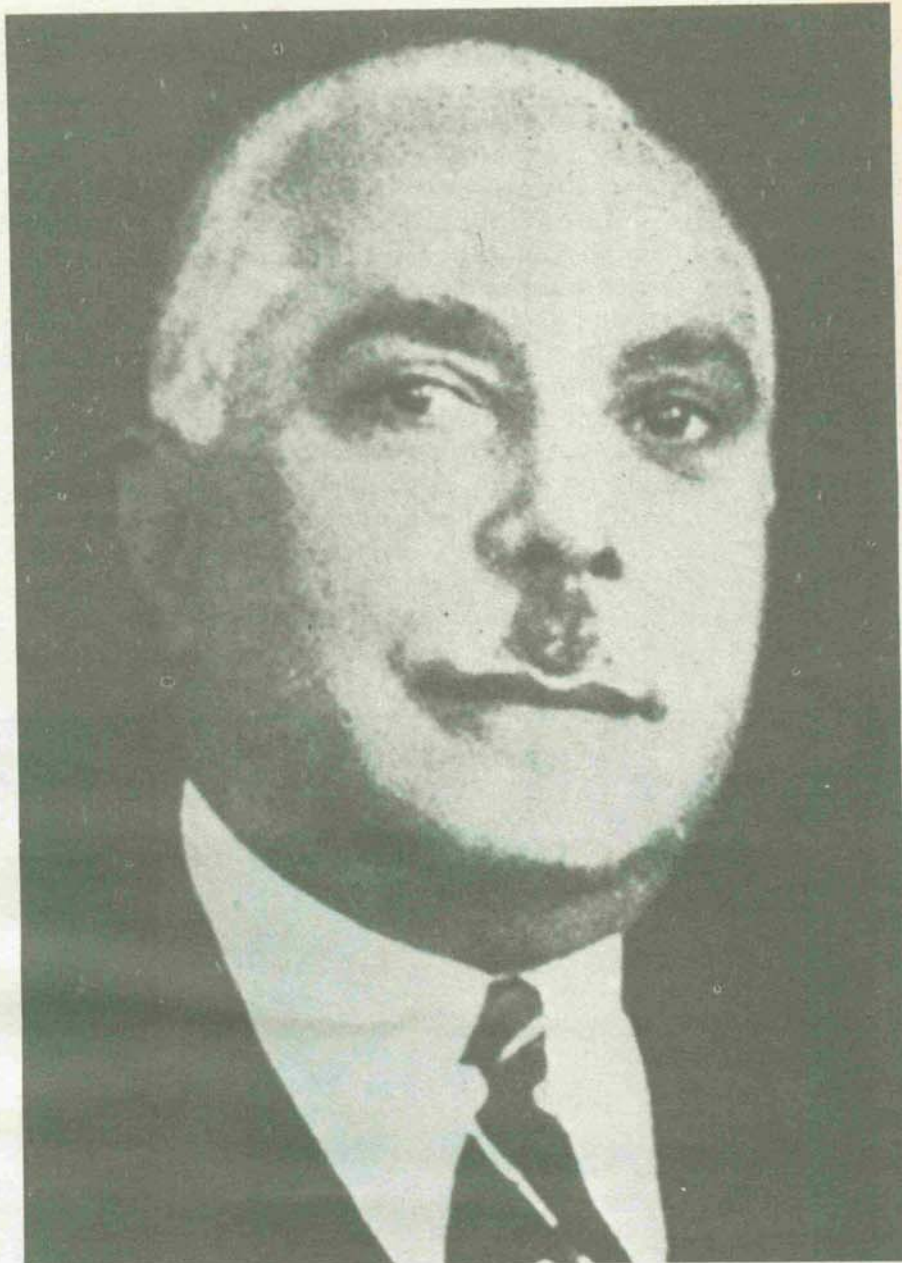
Espanoles bajo la dictadura de Trujillo

Manuel Camarero

«Fernando VII solía mostrarse muy obsequioso —frases amables, palmadas en el hombro, cigarros habanos— con aquellos ministros que a la madrugada siguiente veían a la puerta de su casa el coche en que habían de salir desterrados de la Corte. En el Santo Domingo de Trujillo la caída de un personaje político solía ser más degradante todavía. Se le suspendía de empleo y sueldo, le quitaban el automóvil oficial, cesaba en sus demás cargos, aunque no fueran propiamente políticos, y hasta, poco antes de llegar nosotros, se obligó a algunos a que barrieran las calles, a la vista de todo el mundo»

(Llorens, Memorias de una emigración, pp. 87-88)

DON Vicente Llorens y Casti-
llo es profesor en la Univer-
sidad del Estado de Nueva York
en Stony Brook, pero antes dio
clases en Princeton, donde entró
a propuesta de don Américo Cas-
tro y se jubiló hace más de dos
años; en la Universidad de Johns
Hopkins, en la que se encontra-
ban también su antiguo maestro
Leo Spitzer y uno de los grandes
representantes de la poesía his-
pana en el exilio, Pedro Salinas; y
un par de años en la universidad
de Puerto Rico. Residió en Santo
Domingo desde 1939 hasta 1945.
El profesor Llorens combatió du-
rante la guerra civil en el bando
republicano y llegó a ser teniente
de aquel cuerpo de carabineros
que rehízo Negrín. Emigró a
Francia y en París trabajó reco-
mendado por el socialista aus-
tríaco Julius Deutsch «en la ofi-
cina de un modesto comité de
ayuda a excombatientes de la
guerra, sostenido principal-
mente por laboristas ingleses»
(Deutsch se distinguió sobrema-
nera en la defensa de la casa de
Marx en Viena cuando el golpe de
estado de Dollfus; alcanzó el
grado de general en la guerra ci-
vil española y fue enterrado, casi
centenario, envuelto en la ban-
dera tricolor de la república. Llo-
rens le había servido de intér-
prete y ayudante casi al final de
la contienda, poco antes de que se
decidiera la retirada de las Bri-
gadas Internacionales). Tras es-
tudiar Letras en Madrid fue lec-
tor de español en la universidad
de Génova y a los tres años, lector
con Spitzer en Marburgo.
Cuando éste ocupó su cátedra de Filología
Románica en Colonia, llevó consigo a Llorens,
quien al enterarse de la destitución que, recién
elegido Hitler, sobrevino al insigne filólogo
judío, no aceptó la prórroga del contrato,
como signo solidario. En 1933 Salinas, que
dirigía la Sección de Literatura Contemporá-
nea en el Centro de Estudios Históricos, le
ofreció un puesto, que hubo de alternar con el
de profesor de Literatura Española en la Es-
cuela Internacional Plurilingüe, fundada por
el secretario de la Junta para Ampliación de
Estudios e Investigaciones Científicas, José
Castillejo. Llorens, exilado al término de la



La estancia de los exiliados españoles en Santo Domingo se produjo bajo la omnipotente presencia del dictador Trujillo. Como escribe el propio Llorens, «la República Dominicana no era entonces sino una finca particular, propiedad casi exclusiva del tirano que la sojuzgaba. Más que un dictador moderno, Trujillo se parecía a un señor feudal, poseedor a la vez del poder político, del poder militar y del poder económico».

guerra como tantos miles de compatriotas, ha dedicado su vida al estudio de la emigración política española. Una figura en particular llamó su atención sobre el resto: José María Blanco White, de quien nos ha dejado una magnífica **Antología de obras en español** (Barcelona, Labor, 1971), seleccionada, prologada y anotada con el criterio del gran conocedor de la vida y escritos del poeta sevillano, que asimismo se manifiesta en su introducción a las **Cartas de España**, traducidas y anotadas por Antonio Garnica (Madrid, Alianza, 1972). Tres libros de momento revelan el esfuerzo que sin duda estará realizando para la confección de

La discontinuidad cultural española, magna obra en la que se nos presentará una historia de los avatares y peripecias de la cultura española con motivo de las represiones de tan diversa índole que se han venido sufriendo durante siglos; los tres libros, y sobre todo el primero, de uso imprescindible para el estudio de nuestro siglo XIX: **Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)** (El Colegio de México, Publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica, 1954; 2.^a ed.: Madrid, Castalia, 1968), **Literatura, historia, política** (Madrid, Revista de Occidente, 1967) y **Aspectos sociales de la literatura española** (Madrid, Castalia, 1974). De otra parte, es digno de señalar el gesto de Juan Goytisolo al dedicarle su edición de la **Obra inglesa** de Blanco White (Buenos Aires, Formentor, 1972; 2.^a ed.: Barcelona, Seix Barral, 1974).

TRUJILLO Y LA EMIGRACION

La colección «Horas de España» de la editorial Ariel ha publicado en fecha todavía reciente otro libro de don Vicente Llorens (**Memorias de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945**. Esplugues de Llobregat, Barcelona. Ariel, 1975. 214 pp.); un libro al que el profesor valenciano se había referido con la singular modestia que le caracteriza en alguna ocasión: «Un libro pequeño, con algunas ilustraciones, porque publico algunas fotografías muy curiosas», decía a Fernando Ortiz en una entrevista para **La Ilustración Regional** de Sevilla (n.º 12, agosto 1975, p. 54). Este libro «pequeño» no es —ni el autor lo pretende, según declara en la p. 10— una historia de la emigración republicana en Santo Domingo. Son unas memorias, como anuncia el título, recuerdos de su estancia en aquella



isla antillana gobernada entonces tiránicamente por el «Benefactor»: Rafael Leónidas Trujillo Molina, el personaje al que más veces se alude durante toda la obra, en casi todas las páginas, al que dedica expresamente un capítulo entero («Santo Domingo bajo Trujillo», pp. 86-96); Trujillo, el dictador que impuso un régimen casi medieval en Santo Domingo, autor de una matanza de negros haitianos en 1937 y de tantos «suicidios voluntarios», asesino incluso más allá de sus fronteras, y sin limitarse a los dominicanos, eliminaba —o compraba— a todo aquel que podía estorbarle; el protagonista, entre bastidores, de las **Memorias** del profesor valenciano.

El emigrado político, ha dicho Llorens a Fernando Ortiz (*art. cit.*, p. 56), «es el excluido de una sociedad —por un motivo o por otro— que se encuentra con la necesidad de rehacer su vida». Además hemos de considerar el doble

aspecto de toda emigración: «Lo que significa una pérdida para el país de origen, puede ser adición valiosa para el país de asilo» (**Memorias**, p. 11). Varias instituciones dominicanas dirigidas en su momento por emigrados españoles perviven hoy día, lo mismo que otras fundadas por alguno de ellos. «Vida, literatura, instituciones políticas llegan quizá a interesarle y a influir en él (...). Pero ¿qué admiración, preguntará el lector, podía sentir un republicano español por la ominosa tiranía de un Trujillo? (...). Puede que ninguno de nosotros, con alguna rara excepción, hubiera sido capaz de definir la libertad como concepto político; pero creo que muchos acabaron sintiéndola como realidad humana imprescindible» (pp. 12-13).

Hay empero algo todavía más chocante: ¿por qué abrió Trujillo sus puertas precisamente a los exiliados republicanos españoles? «La



Entre la emigración española que se estableció en Santo Domingo, tres hombres notables desaparecieron de la noche a la mañana o fueron atropellados por alguien que se dio a la fuga: Jesús de Galindez, Alfredo Pereña y José Almoína, a los que vemos en esta doble página de izquierda a derecha, el último en busto de terracota de Manolo Pascual. Todos ellos perecieron bajo la tiranía de Trujillo, pese a que —por ejemplo— Almoína llegó a ser preceptor del hijo del dictador e incluso consejero de toda la familia.

nuestra —dice Llorens— era una emigración política que en opinión de muchos había combatido durante tres años en defensa de una sociedad fundada sobre principios de libertad y democracia» (p. 95). ¿Por qué los acogió Trujillo?, cuando podían haberle perturbado su paz levantada sobre cimientos de cadáveres, cuando podían haber denunciado —como en más de una ocasión hicieron— sus arbitrariedades, aquellos nombramientos oficiales acompañados siempre «de una renuncia que había que firmar y cuya fecha se dejaba en blanco. Dimitir voluntariamente era imposible; por otra parte, las separaciones del cargo se hacían de repente y sin conocimiento del interesado» (p. 87. ¿El único interesado, desde el punto de vista de Trujillo, no era él mismo?); aquellas expropiaciones estatales que no eran sino robos de tierra a mano armada en beneficio del propio Jefe («así es como se le llamaba en el país: el Jefe, por antonomasia», p. 87); aquellos descuentos del diez por ciento del salario con destino a las arcas del partido dominicano, el partido de Trujillo, el único (su

interés por montar una pantomima pseudo-democrática para cubrir las formas le hizo ordenar públicamente —«así como suena», p. 90— a un magistrado de la Suprema Corte que organizase un partido de oposición, que con todo y con eso desapareció al poco tiempo de fundarse, pues hubo ciertos personajes moderados que se lo tomaron en serio), verdaderas tasas no declaradas oficialmente, es decir, «voluntarias»; aquellas palizas que la Policía repartía a los viandantes para dejar bien afirmado el principio de autoridad («de improviso, irrumpían en la calle más concurrida unos cuantos guardias bien fornidos y sin decir oste ni moste la emprendían a estacazos con los transeúntes que se ponían a su alcance hasta dejar bien limpia y en paz la vía pública», p. 71); aquella paz, en fin, basada en el terrorismo institucionalizado.

«La República Dominicana —insiste Llorens— no era entonces sino una finca particular, propiedad casi exclusiva del tirano que la sojuzgaba. Más que un dictador moderno, Trujillo se parecía a un señor feudal, poseedor a la vez del poder político, del poder militar y del poder económico» (p. 86). Y añade: «mientras él y los suyos nadaban en la opulencia, como déspotas orientales, la masa general de los dominicanos, fuera de los **happy few** de la camarilla y de una modesta clase media de propietarios y profesionales, vivía en condiciones verdaderamente lamentables» (p. 92).

Recuerda el profesor valenciano cierto entierro pobre cuyo protagonista inerte, como no había podido comprarse un ataúd, iba tendido sobre una sábana sujeta por los extremos por los familiares del difunto. ¿Por qué admitió Trujillo, pues, a los emigrantes españoles y por qué «favoreció también la entreda de los refugiados judíos procedentes de Europa» (p. 94)? Señala Llorens que el dictador había de tener ciertos gestos humanitarios que le hicieran recuperar —si alguna vez la tuvo— su buena imagen del exterior, imagen grotesca, esperpéntica, y sobre todo para estrechar «al mismo tiempo sus relaciones con los Estados Unidos, que ante el inminente peligro de guerra eran de la máxima importancia» (p. 94).

Además, añade, los emigrados podían contribuir a «blanquear la raza» (en Santo Domingo dominaba casi totalmente el mulato, hasta el punto de que «el individuo de raza blanca o caucásica, como allí se decía, estaba predestinado por su misma rareza a desempeñar algún importante cargo», p. 89) y si habían combatido y «demostrado su bravura en la larga y tenaz contienda española, bien podían utilizarse asimismo para una especie de guardia

JOSE ALMOINA
CATEDRÁTICO DE HISTORIA

La Biblioteca Erasmista
de
Diego Méndez



UNIVERSIDAD DE SANTO DOMINGO - CIUDAD TRUJILLO

Entusiasta seguidor de Erasmo, José Almoína publicó «La biblioteca erasmista de Diego Méndez» durante 1945, cuando ya era preceptor del hijo de Trujillo, a quien la obra va dedicada. «Estudio erudito, minucioso, de estilo recargado y lenguaje arcaizante, no carece de valor como aportación al amplio campo del erasmismo español», dice de ella Vicente Llorens.



En la primavera de 1944, Pedro Salinas llegó a Santo Domingo para dar varias conferencias en la Universidad, tres de ellas sobre Rubén Darío. Procedente de Puerto Rico, su visita produjo gran alegría entre los españoles exiliados. Vemos en esos días a Salinas —en el centro, con el sombrero en la mano— junto a (de izquierda a derecha) Granell, Llorens, Paz, Bonilla Atilés y Vela Zanetti.

pretoriana» (p. 95). ¡Cuál sería su desencanto al ver desembarcar «aquella nube de funcionarios e intelectuales de uno y otro pelaje, ajenos a las armas, dados a las letras y con apariencia tan poco agresiva» (*idem*)! Resultaba evidente, por lo tanto, que Trujillo quería dar ciertas apariencias democráticas a su régimen dictatorial, pero no deja de ser menos cierto que este tipo de apariencias no hacía sino incrementar lo grotesco y aun lo macabro intrínsecos a dichos regímenes. Y por supuesto, en ningún caso van las consecuencias más allá de la pura apariencia. Bien lo demuestra la postura que adoptó una vez acabada la guerra mundial, con la llamada

«guerra fría»; entonces, dice Llorens, «ya no hubo contemplaciones con los refugiados que en escaso número habían quedado en Santo Domingo» (p. 96); la relativa libertad con que antes habían podido actuar y desenvolverse se mudó en persecución, amenazas de expulsión y acusaciones de haber sembrado el «virus subversivo» del comunismo, etc., etc., etc. Y la represión no se limitó, como antes apuntamos, fronteras adentro, sino que las traspasó y buscó sus víctimas en cualquier rincón de América. Tres emigrados españoles desaparecieron de la noche a la mañana o fueron atropellados por alguien que se dio a la fuga: Jesús de Galíndez, Alfredo Pereña y José Almoína.

TRES VICTIMAS DE LA TIRANIA

Galíndez era un periodista vasco, gran amante de su tierra y su gente, hasta el punto de creerles, con toda la ingenuidad del mundo, superiores al resto de España. En Santo Domingo «acabó dando clases en los cursos de Derecho diplomático y consular organizados por la Secretaría de Relaciones Exteriores» (p. 97). Establecido en Nueva York a partir de 1946 fue miembro del gobierno vasco en los Estados Unidos y participó además en los intentos de derribar a Trujillo. Se doctoró con una tesis sobre **La era de Trujillo**, que fue publicada póstumamente, si bien antes había dado a conocer un resumen a través de los **Cuadernos Americanos** de México en marzo de 1955. «Siendo el objeto esencial mostrar la divergencia existente entre las apariencias constitucionales y jurídicas de la república y la realidad de un poder personal omnimodo, Galíndez, a diferencia de otros autores, no hace hincapié en la persecución política —de la que él mismo, como sabemos, era víctima— sino más bien en el funcionamiento efectivo de todo aquel artilugio montado precisamente para ocultar el carácter dictatorial del régimen» (p. 159). Aunque no es muy probable que Trujillo conociera la tesis antes de ser publicada, sin duda conoció el resumen publicado en México y sabía que Galíndez preparaba una obra mayor, lo cual provocó su desaparición misteriosa el 12 de marzo de 1956.

Alfredo Pereña se licenció en Leyes en Barcelona el mismo año que comenzó la guerra civil. Yerno del filólogo don Samuel Gili Gaya, tanto su mujer como él trabajaron en el Instituto Colón, donde también impartieron clases entre otros Vela Zanetti y Helena Malagón, que con Rafael Supervía y Guillermina Medrano, creadora del Instituto Escuela —que a diferencia del anterior, «ejemplo de la improvisación apresurada a que se lanzaron en más de un lugar no pocos emigrados para salir a flote» (p. 60), hoy sigue funcionando—, acudían a las tertulias organizadas en casa del rector de la universidad, Julio Ortega Frier; el Instituto Colón lo fundó Juan Pablo García, abogado asturiano que emigró poco antes de la expedición general en que llegó el propio Llorens. Al poco tiempo, cuando desapareció el Instituto, el matrimonio Pereña se trasladó a México, donde Alfredo se hizo representante de una industria químico-farmacéutica, empleo que le obligaba a viajar con frecuencia. Recién acabada la revolución cubana pasó por La Habana y de allí a Puerto Príncipe; «volvió a tomar el avión, descendió en el aeropuerto

de Santo Domingo, y ya no se ha vuelto a saber nada de él» (p. 101). Probablemente Trujillo creyó que servía de enlace entre los revolucionarios cubanos y venezolanos, como apunta Llorens. Pero como en cualquier otro caso, no se puede sino hacer conjeturas de las desapariciones producidas por la tiranía del Benefactor.

José Almoína Mateos, en seguida de llegar a Santo Domingo y en una carrera ascendente que sorprendió al resto de los emigrados, sustituyó al preceptor del hijo de Trujillo, en quien despertó tal interés por los estudios que su madre, admirada por los avances, terminó por asistir a las clases, lo que avivó sus inquietudes literarias hasta el punto de publicar alguna obra que la «maledicencia pública», que dice el profesor valenciano, atribuyó al propio Almoína. «Fue convirtiéndose poco a poco en el consejero de toda la familia, incluyendo al propio Jefe, de quien vino a ser verdadero privado en asuntos domésticos y públicos», y recién empezado el año 45 fue nombrado secretario particular del presidente, tras haberle concedido una Cátedra de número en la Universidad de Lengua y literatura portuguesa, habérsele encargado una reforma universitaria, facilitando la publicación de varias obras, otorgado cruces meritorias e incluso la ciudadanía privilegiada («en uno de los cumpleaños de Almoína el regalo que le hizo (la señora de Trujillo) fue nada menos que la edición «princeps» de Basilea de 1541, adquirida Dios sabe cómo y a qué precio», p. 104). Al cabo del tiempo el erudito que había editado **La biblioteca erasmista de Diego Méndez** («conocido en la historia de América por haber acompañado a Cristóbal Colón en su cuarto y accidentado viaje, y que legó a sus hijos varias obras de Erasmo, según testamento otorgado en 1536», que sirve de base al estudio de Almoína, p. 162), a sabiendas de la inestabilidad de las situaciones privilegiadas junto a Trujillo, achacando motivos de salud, acabó por establecerse en México.

«En julio de 1949 —nos cuenta Llorens— pocos días después de fracasar la invasión de Santo Domingo intentada por dominicanos en el destierro y algunos extranjeros, aparecía en Guatemala, aunque impresa en México, **Una satrapía en el Caribe**, cuyo autor se ocultaba bajo el nombre de Gregorio R. Bustamante. La obra era la acusación más directa y detallada que hasta entonces se conocía contra Trujillo y su dictadura. Escrita indudablemente por alguien muy conocedor de la intimidad del despota y de sus ocultos procedimientos, se ha atribuido con insistencia al propio Almoína»

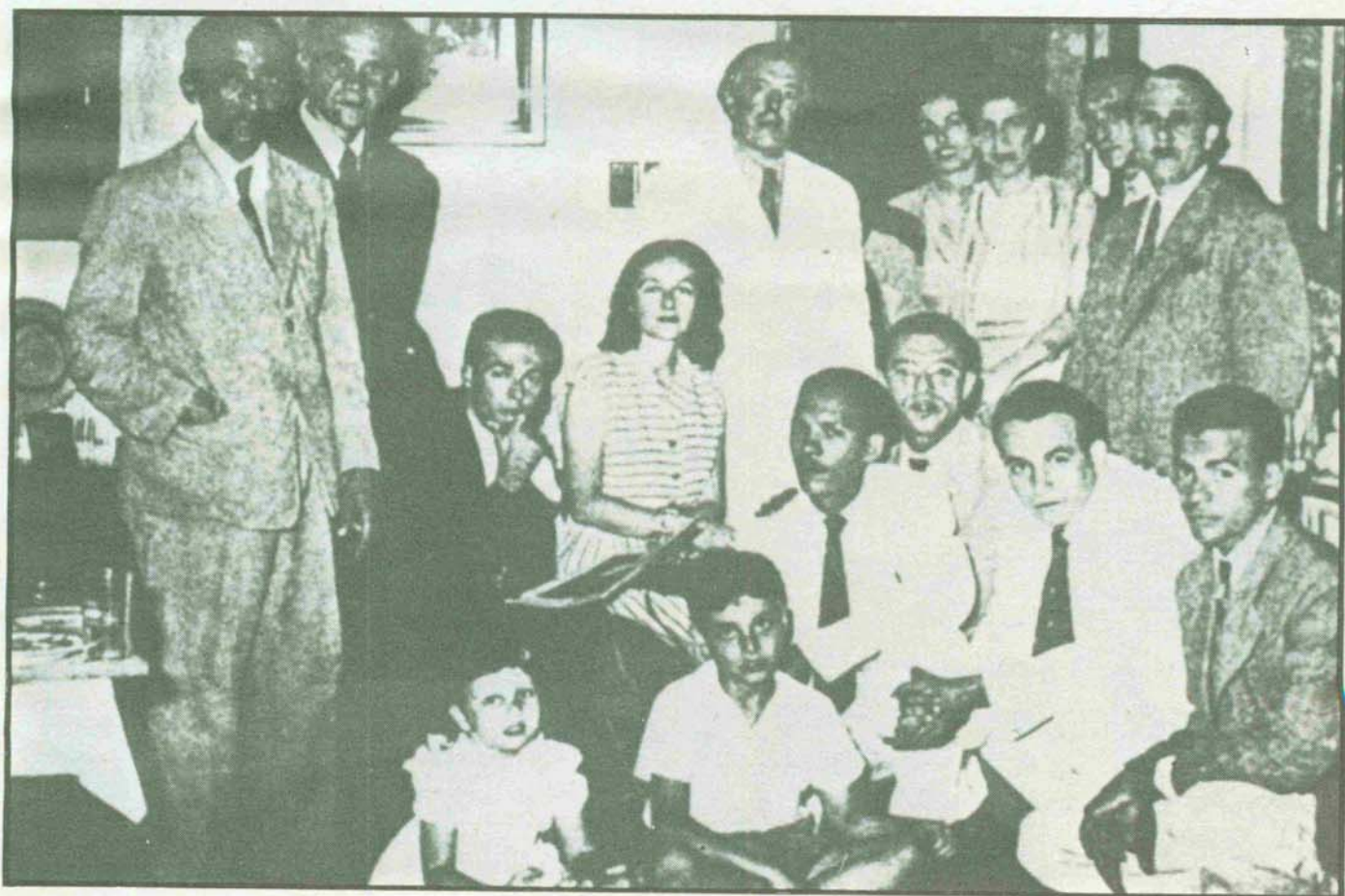
(p. 105); atribución que nuestro autor pone en duda (véanse pp. 166-170). Y a los quince meses se publicaba en Buenos Aires un panegírico de Trujillo firmado por Almoína: **Yo fui secretario de Trujillo**, que si bien no era una réplica de la obra anterior, justificaba la política del Jefe. No cabe duda alguna, según Llorens, de que Trujillo obligó al erasmista gallego a escribirla. Y aunque el autor de **Una satrapía en el Caribe** fuera o no Almoína, ¿quién puede asegurar que al dictador no le convenía la atribución para utilizar de nuevo a su antiguo secretario?

Es probable que a causa de la publicación póstuma de la tesis doctoral de Galíndez, **La era de Trujillo**, el dominicano se acordara otra vez de Almoína «para que saliera (...) en defensa de su régimen, puesto en entredicho no sólo por el secuestro de Galíndez sino por sus nuevos tropiezos diplomáticos (...). A la ruptura o tirantez de relaciones con varios gobiernos americanos, se añadían las crecientes

dificultades con la Iglesia en Santo Domingo. Había que contrarrestar cualquier forma de oposición interior o externa intensificando la propaganda» (pp. 105-106). El español debió negarse a seguir el juego, sin ignorar las terribles consecuencias que podrían sobrevenirle, como efectivamente sucedió el 4 de mayo de 1960: «En el centro de la ciudad lo atropelló un automóvil, del cual salieron dos individuos armados que hicieron varios disparos sobre el cuerpo de Almoína, derribado ya en el suelo» (p. 106).

FIGURAS DE LA EMIGRACION ESPAÑOLA

Aunque entre los exiliados en Santo Domingo no encontramos grandes figuras como las que emigraron a México, Chile y otras partes (León



Otro visitante ilustre fue André Breton, a quien la imagen muestra —en el centro, vestido de blanco, a la derecha de su mujer— rodeado por la Redacción de la revista «La Poesía Sorprendida» (1943-45): arriba, de izquierda a derecha, Manuel Llanes, Rafael Américo Henríquez, Antonio Fernández Spencer, señora de Granell, Aida Cartagena Portalatín, Eugenio F. Granell y Franklin Mises Burgos; abajo, los niños de la familia Granell, Manuel Valerio, Freddy Gatón Arce, Héctor Ramírez Pereyra y J. M. Class Mejía.

Felipe, Indalecio Prieto, Guillén, Cernuda, Alberti, Machado, Américo Castro, Sánchez-Albornoz, Montesinos y tantos más), destacan algunas, en cambio, que han dejado magníficos frutos: el pedagogo don Fernando Sainz, el diputado socialista Amós Sabrás; don Aurelio Matilla y García del Barrio y Felipe Díaz Sandino entre los militares; don Constancio Bernaldo de Quirós, el «decano de los criminólogos españoles», que dejó en la isla un **Curso de Criminología y Derecho Penal** y unas **Lecciones de legislación penal comparada**, editadas por la universidad en 1940 y 1944 respectivamente, y de quienes hemos visto reeditadas por Turner —editorial que está haciendo una destacable labor de rescate— tres obras en menos de dos años (**El bandolerismo andaluz**, **El espartaquismo agrario andaluz** y **La picota**.

Figuras delincuentes); el matemático Francisco Vera; el gran pintor catalán José Gausachs Armengol, que llegó a dirigir la Escuela de Bellas Artes en Santo Domingo; el dibujante y pintor «Shum», que colaboró en París en **Monde**, la revista de Henri Barbusse; Rivero Gil, Junyer y Alloza Villagrasa, pintores; los dibujantes «Ximpa», «Blas» y «Toni», de quien son la mayoría de las caricaturas que ilustran el libro de Llorens; Eugenio Fernández Granell, artista singular cuya personalidad «no ha podido contenerse dentro de los límites de un solo medio expresivo» (p. 129); músico de profesión, fue contratado como violinista por Casal Chapí para la Orquesta Nacional Sinfónica, pero «descubrió su verdadera vocación artística y se puso a pintar por su cuenta», resultando con el tiempo «un des-



Alrededor de José Giral, ex-jefe del gobierno republicano español, se reunieron en una cena (el 29 de Octubre de 1944) numerosos compatriotas. Almoína entre ellos. A la derecha de Giral se sentaron Guillermina Medrano de Supervia, Domingo Martínez Barrio, José Almoína, Alfredo de la Cuesta y N. Iñigo; a su izquierda, Alfredo Matilla, E. Romejaro, Manolo Pascual y José Atoche.

tacado exponente del surrealismo pictórico, como lo ha sido también del literario» (pp. 33-34); en cuanto a su narrativa, añade Llorens, «si Larrea puede ser considerado el místico, Granell es sin duda el humorista del surrealismo español en el destierro» (p. 137). José Vela Zanetti, el conocido pintor, acabó dirigiendo la Escuela de Bellas Artes, como Gausachs, poco antes de irse a Nueva York becado por la fundación Guggenheim, y ahora reside otra vez en España. Angel Botello, pintor fascinado por el mundo negro haitiano, fue el único emigrado español que pasó a establecerse en Haití. Entre los escultores destaca notablemente Manolo Pascual, también director de la Escuela de Bellas Artes hasta su traslado a Nueva York en 1951. Vicente Herrero Ayllón fue profesor de Sociología y Ciencia Política en la universidad, como el capitán médico Román Durán lo fue de Psicología, Alaminos Peña de Psicología aplicada a la educación y Didáctica, y Gil Arantegui de Geografía e Historia de América y Pedagogía: Florén Lozano fue bibliotecario en la universidad, y Segundo Serrano Poncela, que también fue profesor universitario, fundó la primera publicación periódica de los emigrados, **Panorama**, redactada por él mismo, y luego pasó a Santiago de los Caballeros como redactor del diario **La Información**; publicó en Santo Domingo **Un peregrino español**, serie de ensayos dedicados en su primera mitad a glosar al Arcipreste de Hita y el Romancero y el resto, «a la peregrinación sobre una mula, como había hecho Ortega y Gasset, por tierras y pueblos de Castilla siguiendo la ruta del Cid al hilo del viejo poema» (p. 146); este libro contiene una «reticente alusión» a las desilusiones políticas del autor, aún más claramente manifiestas en su obra posterior: **El alma desencantada**, donde «se propone combatir el agnosticismo y materialismo modernos —según Llorens—, para predicar el retorno al cristianismo» como «única religión capaz —dice Serrano Poncela (cito por el libro de Llorens, p. 148)— de salvar hoy todavía nuestra alma desilusionada». Resulta paradójico, empero, que luego preparase los **Documentos políticos editados por la emigración republicana española en Santo Domingo** (1947), dado que, como señala el profesor valenciano, «la nueva orientación religiosa de Serrano Poncela implicaba el abandono de sus ideas políticas precedentes» (p. 148; Serrano Poncela perteneció antes y durante la guerra a las Juventudes Socialistas que luego se unificaron con las comunistas), además de que los **Documentos** contienen textos de Rodolfo Llopis y Diego Martínez Barrio, «aquellos dirigentes repu-

blicanos en el destierro que tan mal parados quedaron en las páginas de **Un peregrino español**» (p. 149). El gran poeta Pedro Salinas dio unas conferencias sobre Rubén Darío —origen en parte de un libro hace poco reeditado por Seix Barral— en la primavera del 44. Su presencia en Santo Domingo, cuenta nuestro autor, fue «el acontecimiento literario del año, no sólo por los emigrados republicanos, que veían entre ellos a una de sus más destacadas figuras poéticas, sino para los dominicanos» (p. 56). El nieto del autor de **La revoltosa**, don Enrique Casal Chapí, dirigió la Orquesta Sinfónica desde su fundación en 1941 hasta 1946, que pasó a ser director artístico de la Radio Nacional de Montevideo; residió unos tres años en Buenos Aires y volvió a España, donde «sigue totalmente oscurecido en su ciudad natal, dedicado a dar clases particulares de música» (p. 65). Entre los poetas, López Alarcón, Agustín Bartra, que publicó en Santo Domingo **El árbol de fuego** en castellano, aún cuando los poemas habían sido escritos en catalán; José Ramón Arana, que publicó una colección de poemas juveniles, **Ancla**, y fundó luego en México con Manuel Andújar una «excelente revista»: **Las Españas**; Baltasar Miró, Alberto Paz, Nieto Peña y Bernardo Clariana. Entre los narradores cabe mencionar a Carmen Stengre, Mariano Viñuelas, Riera Llorca, Eduardo Capó y David Arias.

HABLANDO DE LOS COMPAÑEROS

El profesor Vicente Llorens nos da en las 195 páginas de que constan sus memorias (19 corresponden a los índices) un acopio de datos muy notable, sobre todo en la segunda parte, sin restar en modo alguno amenidad al relato, que en ciertas ocasiones, como cuando narra el argumento de **Lo que sucedió...**, novela de Eugenio F. Granell, se convierte en magnífica prosa que nos arrastra, que nos obliga a devorar ávidamente página tras página llevados de una constante perplejidad y de un interés incesante. Hemos de señalar que Llorens apenas habla de sí mismo, cosa extraña por tratarse de unas memorias; ya en el prólogo declara: «Más que de mí mismo he querido hablar de los demás, de quienes fueron un día compañeros míos de destierro, hoy en gran parte desaparecidos» (p. 9); e insiste más abajo en que ésa ha sido su pretensión «al esbozar la vida y obra de los que emigraron como yo a Santo Domingo después de la guerra de España». ■
M. C.